

BELLO, EL MAESTRO INMORTAL

Discurso del Excmo. Señor
Dr. Emilio Rodríguez Men-
doza, Ministro de Chile, al
ser recibido como Acadé-
mico correspondiente.



BELLO, EL MAESTRO INMORTAL

**Discurso del Excmo. Señor
Dr. Emilio Rodríguez Men-
doza, Ministro de Chile, al
ser recibido como Acadé-
mico correspondiente.**

*Señor Ministro, señor Director, señores Embajadores y Ministros,
señoras y señores:*

Seguramente es una temeridad que un extranjero como yo, por más que en Venezuela no me sienta como tal, venga a hablar en la propia Academia Nacional de la Historia y desde esta tribuna evocadora de todo el drama glorioso de la Emancipación venezolana, del humanista insuperable que continúa como dueño y señor de la más alta cultura americana.—Aludo a Don Andrés Bello, el “maestro inmortal”, como lo llamaba Don Miguel Luis Amunátegui, el mejor de sus discípulos y el más fiel y completo de sus biógrafos. Pero la temeridad de abordar un tema tan amplio y arduo, tiene tal vez una atenuación por estar aún muy próximo el centenario de la Universidad fundada por la figura máxima de la cultura continental.

También ha influido en la elección del tema de mi discurso de incorporación a la Academia, el hecho de que está muy cerca de esta Universidad la casita natal del maestro y me parece superfluo decir que junto con llegar a esta ciudad, que ha presenciado escenas imborrables como drama y como altísimo relieve histórico, me trasladé, lleno de curiosidad y unción, al modesto solar ennoblecido por la plancha de mármol que consigna escuetamente el día, el mes y el año en que vió la luz el maestro, el varón ejemplar, el poeta que replicaba con estrofas orantes a la impostura y la difamación.

Como todos saben, Bello nació en el barrio tradicional de la ciudad, Altagracia, y cuando la iglesia vecina de la casita en ochavo abría su portón, se divisaban las luces del altar mayor; se oían cantos litúrgicos y se esparcía en el altoso y la plazuela apacible la música de órgano, compuesta por su progenitor.

I.—LA CASITA CON SOMBRA DE TORRES.

Vió la luz estando ya cercanos los sucesos demoledores y creadores a la vez, que luego iban a agrietar el Viejo Mundo; que en el Nuevo tumbarían el Régimen Colonial y que lanzarían con las espadas y las

banderas en alto a la generación tomada y desgarrada por el ciclo genésico.

Nada de eso era posible prever en 1781, año del natalicio, se dió al nuevo retoño de Don Bartolomé Bello y de Doña Ana Antonia López, un nombre de letanía: Andrés de Jesús María y José, y se le puso óleo y crisma en la santa parroquia en que el progenitor tocaba al órgano música de oblación, que muchos años después haría eco en "La Oración por Todos", más que traducida, compuesta cuando el señor Bello avanzaba ya hacia el crepúsculo, que da a la montaña tonalidades violáceas.

Fué su primer maestro Fray Cristóbal Quesada, su tío latinista y retórico consumado. Los claustros coloniales, dicho sea de paso y distancias guardadas, se asemejaban a la Edad Media en que, más de una vez, fueron los conventos y los frailes, en sus celdas encaladas, los depositarios de la cultura de aquel entonces.

El futuro sabio no tardó en ingresar a la Real y Pontificia Universidad de Caracas y, aunque dos años menor que él, ya atronaba el barrio y la casona mantuana de la Plaza de San Jacinto el futuro Libertador, a quien conoció y trató Don Andrés en el convento del tío mercedario.

Nada más temperamentalmente divergente que ambos caracteres, como que uno había nacido para Emancipador, el otro para maestro y un tercero más entrado en años, el General Miranda, para el rol visionario en que tal vez debió mantenerse con las pupilas fijadas en el futuro, entonces caótico.

Despuntó desde los primeros años la vocación, neta y clara, de la segunda de esas figuras tan disímiles y la tendencia irrevocable a las disciplinas espirituales, fué saturándola más y más.—Fué grave y circunspecto desde las aulas coloniales y era muy raro verlo con los muchachos que a la hora del jolgorio atronaban la plazuela con sombra de torres y llamada de campanas. No soltaba los libros y, mientras su padre tocaba el clave, el sabio en agraz largaba un texto para tomar otro.

Llegaron a sus manos, pequeñas y finas, un ejemplar del Ingenioso Hidalgo y otro de Calderón de la Barca, y en sueños solía ver al Paladín de la Quimera, horquillando a Rocinante, y al Alcalde calderoniano, aplicando hoscamente el concepto de que el honor sólo se lava con sangre.

Se adentraba más y más en la vocación literaria, convertida en segunda naturaleza, y sería inútil que estudiara dos profesiones a la vez porque, en definitiva, predominaría sin contrapeso posible la más afín con su alto espíritu.

Avanzaba la vida en que cada día trae su afán, como previene la *Imitación de Cristo*, y llegó el momento en que necesitó hacer de puntal de los suyos; se hizo pasante, dió lecciones a algunos muchachos mantuanos, acaudillados por Bolívar adolescente, y, cerrado definitivamente por la muerte el clave, tocado por el progenitor ejemplar, el huér-

fano se halló de *pater familia*. Hubo de emplearse en la Capitanía General y Vasconcelos puso gran empeño en llevarlo a España, ignorando Su Señoría que el Destino tenía resuelto lanzar al futuro humanista, no sólo al mundo, sino al Viejo Mundo y también al ancho Mundo...

Después del 19 de Abril de 1810, se buscó su colaboración para integrar la Embajada encomendada a Bolívar, en plena euforia juvenil, empezando así una vida de luchas, incertidumbres y necesidades, en medio de las cuales no sería fácil que diera con la senda preconizada por el fraile salmantino desde su celda del convento de San Esteban.

Las alas o velas del barco que debía llevar al Viejo Mundo en erupción a los argonautas de la Embajada bolivariana, cogieron el viento cálido del Caribe y luego pusieron proa al Atlántico.

El señor Bello, Secretario de la misión, tenía veintisiete años; llevaba afectos y evocaciones, que reaparecerían siempre y, ya lejos de su hermosa tierra, repetiría con lágrimas en los ojos, que tenía muy presente su última mirada a Caracas:

—“Quien hubiera dicho,—repetía— que esa mirada iba a ser la última!”

El adiós, hecho visión, quedó estampado en su espíritu y muchos años después diría rítmicamente que la naturaleza da una sola Patria y que el corazón no se enrolla sino una vez.

II.—MISERIA, NIEBLA Y POEMA.

La Embajada en Londres de que formaba parte, junto con llegar a su destino empezó las gestiones diplomáticas, condenadas al fracaso, por lo menos momentáneo, porque el objeto de dicha misión era que Inglaterra apoyara la independencia de las Colonias españolas en los propios momentos en que la política británica coincidía, al fin y plenamente, con la actitud del pueblo español, alzado contra Napoleón, independientemente de su Gobierno, que, por lo demás, no existía en esos días.

Las funciones del señor Bello no deben haber sido muy cómodas porque ya en esa ocasión, Bolívar seguía sólo los impulsos y emotividades de su genio, aparecido sincrónicamente con los acontecimientos que empezaban a cambiar fundamental y violentamente el régimen tricentenario de la Metrópoli en América.

La colaboración del señor Bello cerca del futuro fundador de Naciones, el Hegemón, como dice Blanco Fombona, fué, pues, la del trabajo y la prudencia y no bien redactaba en un castellano purísimo una nota o un informe, se encaminaba al *British Museum*, en que el discípulo del Revdo. Padre Quesada iba descubriendo horizontes insospechados en materia de cultura y que con sus estudios sobre el Cid retrogradaban al “Romancero”.

Se alejó Bolívar ya en camino de su asombroso futuro.—El Ministro inglés Wellesley se había limitado a hablarle del apoyo de la flota británica en caso de que las fragatas napoleónicas atacaran al Nuevo Mundo.—Miranda, el Precursor, se quedaba momentáneamente en Inglaterra, perforando la bruma londinense con sus ojos dilatados por la visión pertinaz de la América Libre.

No era mucho lo que la Embajada bolivariana había obtenido del Gabinete de Saint James, irrepudablemente correcto; pero sin comprometer su política con España: a Inglaterra no le convenía deshacer las expectativas del Nuevo Mundo, porque manteniéndolas, discreta y hábilmente, se hacía comprender a España, o sea al Consejo de Regencia, que cualquiera debilidad en la lucha contra Napoleón pondría automáticamente a la ya poderosa Gran Bretaña al lado de la Independencia Americana.

Bolívar retornaba más inflamado que nunca y escribió en el elegante retrato, pintado por Charles Gil:

—“No hay Patria sin libertad”,—apoteigma mirandino.

De las “partidas de placer” y de los equipajes fastuosos con que había pasado por *Hide Park*, en compañía de los duques de la Familia Real el “Embajador de América”, como le llamaba la *haute* londinense, ingresaría a la guerra de los llanos ardidos por el sol o de las parameras amortajadas por la nieve.

Alejado el Embajador que llevaba la Revolución en su espíritu, López Méndez y el señor Bello permanecieron largamente en Londres, instalados en *Grafton Street*, o sea en la casa, hoy histórica, del General Miranda, que partió, a su vez, en demanda del intenso drama de su fracaso, resultante fatal de una multitud de causas adversas.

No tardaron en desaparecer las pocas economías con que el señor Bello había vivido hasta entonces, desaparición irremediablemente pavorosa en medio de la enorme ciudad donde no había Altigracia que invocar, y, como si esto fuera poco en tiempos tan duros, que estaba en ominosa vigilancia la prisión por deudas.

El señor Bello defendía inútilmente sus últimas monedas, ya de vellón, cuya partida sería el naufragio en medio de la metrópoli tentacular y gris a la cual el sol solía llegar de visita, previo el breve permiso de la niebla cotidiana.

Como era de esperarse, se agotó hasta el último penique y en cuanto a noticias de Tierra Firme, las que llegaban, tarde, mal o nunca, eran para desahuciar todo resto de esperanza, como que se había venido al suelo la primera República y Caracas estaba bajo el espadón y las botas de Monteverde, precursor inmediato de Boves con sus manazas teñidas de vino y sangre.

Novedades de tal calibre eran para aterrar al espíritu más recio; pero el futuro sabio, todo un carácter aunque sin apóstrofes ni estallidos, si-

guió trasladándose al Museo Británico, nevara o tronara, con el cartapacio de sus apuntes cidianos bajo la capa.

La miseria auténtica, sin nada de literario, siguió apretándole el nudo del corbatón. Además, ya no era solo; se había casado, tenía deberes que cumplir, y lo único con que contaba era con los acreedores que iban a diario a golpear airadamente la puerta siempre cerrada del deudor desfavorido ante el espectro del carcelazo indefinido.—Los más asiduos eran el zapatero y el sastre.

Pues bien, su bondad logró domeñar al remendón y en cuanto al segundo, resultó ser el de Campillo, que cosía de balde y, además, ponía el hilo.... En efecto, este sastre, digno del cántico dickensiano de Navidad, no sólo soportó mansamente el “clavo”, sino que siguió visitando a su ilustre entrampado, según relató después sabrosamente Don Miguel Luis Amunátegui, biógrafo acucioso y discípulo y amigo entrañable del señor Bello.

Pero no podía ser bastante lenitivo la filantropía sastreril y Don Andrés siguió sufriendo cotidianamente el horror del día por venir, sin tener algo caliente que llevarse a la boca.—Se moría de frío y de angustia; pero seguía concurriendo al Museo Británico, envuelto en la capa, bajo la cual apretaba contra el pecho el Poema ancestral del Mío Cid, pidiéndole fé para el espíritu y calor para su cuerpo aterido.

La vida seguía urgiéndolo y humillándolo con las necesidades más apremiantes.—Entonces, como en esos días que parecen un diseño del futuro, volvió a hacerse pasante y dió lecciones de castellano en Londres, donde, desde el estallido de la Península contra el Emperador por antonomasia, era el último *grito de la moda* todo lo español, empezando por el idioma, rotundo, oratorio y con un juego de esdrújulos y sobre esdrújulos, que producen la cómica desesperación de los sajones aspirantes a políglotas....

“Envuelto en su capa remendada”,—dice Orrego Vicuña, otro de sus mejores biógrafos— aterido, desnutrido, peregrinando por aquellas calles de Dios y de la bruma, proseguía infatigablemente sus estudios sobre el Cid y el Poema de la lucha contra la media luna, como alfanje, que se replegaba goteando sangre sobre la alicatada región mozárabe.

El caraqueño en que el carácter se resolvía en tenacidad, estaba empeñado en la ardua reconstrucción del texto cidiano, discutido aún hoy, y que, sea como sea y venga de donde venga, estiliza la lírica española del período en que se incrustó en la raza el culto del honor, de la gloria y del estoicismo senequista, conceptos que explican el hecho de que el señor Bello se apasionara en tal forma del héroe y el libro en que trabajaría durante cuarenta años y que no alcanzaría a ver publicado, por más que el Gobierno de Chile ordenó su impresión.

Las pellejerías de Londres, alternadas con las secretarías de ocasión, querían decir, clara y ásperamente, que el solar apacible, el hogar de portón y mojinete, la sala con brasero de cobre y escribanía de plata

sobre la mesa de caoba, no se hallarían donde siempre sería un personaje foráneo, sino en tierras del Nuevo Mundo, en que llegaba la hora de empeñarse en la tarea creadora de transformar en organismos evolutivos las colonias que habían logrado salir de la cristalización para entrar en el caos rojo de la anarquía.

Pero, y residía en esto el problema, ¿dónde peregrinar y aventurarse, si en todas partes se estaba en lo más oscuro de la ensayología de la cual parecía tan difícil salir, que, hasta bien entrado el siglo XIX, no eran pocos los que creían que era necesario importar algunas coronas monárquicas para que vinieran a suplir la inexperiencia de las antiguas colonias, interminablemente desgarradas por las discordias?—Se alzaban aquí y allá las lanzas de gauchos y llaneros y, en consecuencia, no parecía factible encontrar en la América Indo-Española un sitio adecuado en que instalar la mesa y los libros predilectos sin que llegaran a remecerla o volcarla.

Estando en Londres, se ofrecieron al señor Bello algunas situaciones que estimó en disparidad notoria con su preparación y sus conocimientos. Herido profundamente por esto, persistió en alejarse del Viejo Mundo y siendo O'Higgins Director Supremo y su Ministro en Londres, Irizarri, el de la pluma de aguijón mojado en tinta cáustica, Don Andrés fué proficuo Secretario de la Legación de Chile en Inglaterra. Lo fué, así mismo, de la de Colombia y, asignando a este período de breve equilibrio económico una duración mayor que la que le concedió la realidad, procedió temerariamente a renovar la capa zurcida de que habla Orrego Vicuña. . .

Había tenido el infortunio de perder a su primera y resignada compañera y como era hombre quitado de aventuras y tentaciones, estrechó de nuevo los sagrados vínculos, esta vez con Doña Isabel Antonia Dunn, dama que unía la distinción a la bondad y la cual lo dotó de una larga descendencia, en que ha habido literatos, gobernantes, diplomáticos, artistas y periodistas brillantes, en que aparece claramente el atavismo espiritual del maestro, cuya genealogía definitiva no se ha escrito aún, a pesar de la falta que hace para explicar étnicamente esa serenidad, que no era indolencia ni timidez, sino un dominio de sí mismo, muy diverso a las reacciones iracundas y estentóreas de lo castellano-vasco trasplantado a la América.

Persistió en alejarse, dando muestras de una resolución nacida evidentemente de alguna herida y cuando O'Higgins ingresó, como era de rigor, al número de los Libertadores a quienes se pagaban sus esfuerzos creadores con el destierro y la ingratitude, el General Freire, su sucesor pipiolo, vale decir liberal, echó a la calle a Irizarri y acreditó como plenipotenciario en Londres a Don Mariano Egaña, buen catador de hombres, a pesar del remoquete de "Lord Callampa" que le aplicó la ironía implacable de Portales.

El plenipotenciario tan gráficamente caricaturado, aquilató certamente al antiguo secretario, o sea al señor Bello, y pensó, entusiasmado, que era esto, precisamente, lo que Chile necesitaba.

El futuro codificador corría de nuevo en esos momentos el riesgo de que el zapatero contumaz y el sastre chapucero y bonachón, volvieran a golpear su puerta, siempre cerrada, y, en consecuencia, los proyectos de Egaña sobre viaje a Chile no tropezaron con resistencia alguna.

El señor Bello había pasado sobradamente la cuarentena y escribió a Bolívar, desde Londres, manifestando a su antiguo discípulo que atravesaba uno de esos períodos angustiosos en materia de recursos y desolado en cuanto a estado de espíritu:

--“Veo—le decía—con una viva satisfacción que no he perdido la favorable opinión de Vuestra Excelencia.”

Y agregaba, entrando a lo penosamente personal:

—“Carezco de los medios necesarios para dar una educación decente a mis hijos; mi constitución, por otra parte, se debilita; me lleno de arrugas y de canas y veo delante de mí, no digo la pobreza, que ni a mí ni a mi familia nos espantaría, pues ya estamos hechos a tolerarla, sino la mendicidad. Dígnese Vuestra Excelencia interponer su poderoso influjo a favor de un honrado y fiel servidor de la causa de América, para que se me conceda algo de más importancia en mi carrera actual. Soy el decano de todos los secretarios de Legación de Londres y aunque no el más inútil, el que de todos ellos es tratado con menos consideración por su propio jefe. Pero como ni a mí está bien pronunciar ni talvez a Vuestra Excelencia agradará oír quejas de cierta especie, me limito a rogarle se compadezca de mi tierna y pobre familia y a expresarle los sentimientos de admiración y respeto con que soy de Vuestra Excelencia el más obediente servidor y compatriota”.

“El señor Bello—dice don Miguel Luis Amunátegui—, aludía en su carta a sus disgustos con don Manuel José Hurtado, reemplazado en la Legación de la Gran Colombia en Londres por el poeta don José Fernández Madrid”.

El Libertador estaba en la asombrosa plenitud de su carrera y cursaban los días en que Byron, valiéndose de una perífrasis lírica, llamaba a América “la Patria de Bolívar”.

En carta al Ministro señor Fernández Madrid, el Libertador decía lo siguiente, que dicho Plenipotenciario, excelente amigo del señor Bello, le remitió en Setiembre de 1829, es decir, cuando el maestro ya estaba en Chile desde hacía varios meses:

“Ultimamente se le han mandado tres mil pesos (a Bello) para que pase a Francia y yo ruego a usted encarecidamente que no deje perder a ese ilustre amigo en el país de la anarquía. Persuada usted a Bello que lo menos malo que tiene la América es Colombia; y que si quiere ser empleado en este país, que lo diga y se le dará un buen destino. Su Patria debe ser preferida a todo y él digno de ocupar un puesto muy

importante en ella. Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío. Fué mi maestro cuando teníamos la misma edad y yo le amaba con respeto. Su esquivéz nos ha tenido separados en cierto modo y por lo mismo, deseo reconciliarme, es decir ganarlo para Colombia”.

El Ministro chileno en Londres había dicho oportunamente al Gobierno de Chile:

“El señor Bello tiene conocimientos literarios profundos, posesión de lenguas antiguas y modernas, práctica de la diplomacia y modestia”

Tan buen carácter, tan manso y liso, que pierde su tiempo el historiógrafo o el ensayista que espere encontrar al señor Bello impregnando e hincando sus uñas o su pluma en el adversario o en su mesa de trabajo.—No apostrofa ni declama ni se crispa ni toma posturas olímpicas: parece saturado de una mezcla envidiable de estoicismo y cristianismo, como Marco Aurelio, y el ávido de drama o de historia novelada, se sentiría tentado de calificar de monótono este carácter de santolaico, que era la mansedumbre y la quietud, lo que basta para explicar psicológicamente las diferencias con el alto voltaje de Bolívar, que fué la batalla, la apoteosis y, finalmente, la Cruz, al paso que el señor Bello era la paz, el gabinete, los libros en los estantes con nombres clásicos, más un hermoso gato abonado asiduo a la manta de vicuña con la cual el humanista se abrigaba las piernas, propensas al edema.

No obtuvo el puesto que creía merecer y merecía, y, ocurriera lo que ocurriera, cogió la pluma y firmó el contrato respectivo, con su letra, que era la manifestación grafológica de su carácter.

Nuestro ilustre plenipotenciario en Londres, escribió entonces a su señor padre, Don Juan Egaña.

—“La muy apreciada señora de Bello es mi comadre y el niño Juan mi ahijado, y los recomiendo especialmente a mi madre y a Dolores para que sean sus verdaderos y afectuosos amigos, sin etiqueta ni ceremonias, sino con la antigua cordialidad y llaneza chilenas”.

Iba a partir muy lejos; pero el viajero aun no interrumpía sus pláticas eruditas con Bartolomé Gallardo, el cual se complacía en motejar de “fábula de fábulas” a Doña Urraca, loca de amores, y al Cid y su historia mística. (*)

Con todo y como para tenerlo más a la mano durante el aventurado viaje al “acabamiento de tierras”, lo último que echó meticulosamente a sus maletas, con más libros y papeles que indumentos, fué el Poema del Cid. Enseguida el señor Bello y su simpática grey, montaron en el barco de velas grises y remendadas a causa de sus bregas sin fin con los alisios.

(*) He leído atentamente el interesante trabajo del Profesor Grases al respecto.

III.—CHILE CONVULSIONADO Y LEJANO.

Dieciocho años después de llegar a Londres, el señor Bello miraba levar las anclas, carcomidas por la sal, del barco en viaje al Nuevo Mundo y que habría evocado los galeones, si no hubiera sido mas grandote que éstos y si no se hubiera tratado del mas manso y pacífico de los viajeros.—Iba a Chile, país muy nuevo y muy agitado, y cuya lejanía del Viejo Mundo, le hacía justamente acreedor al antiguo lugar común de “la última Tule”.

Con tal que encuentre libros y libertad!—decía al alejarse, saturado con sus vastos estudios particulares, más los básicos hechos en los primeros años del XIX en la Universidad Real y Pontificia de Caracas, “trasunto proporcionado y fiel de las españolas de su tiempo”. (Parra: “*Filosofía Universitaria Venezolana*”). Ahí se formaron— dice Eloy G. González en su eruditísimo libro sobre la cultura venezolana en el período de 1788 a 1821—, en “la rígida incubadora de la ceñuda Colonia, los Toro, los Ustáriz, los López Méndez, los Mendoza, los Maya, los Unda, los Plaza, los Blanco, los Peña y los Sucre.”

Encontraría los libros, necesidad esencial de su espíritu; pero en 1829, lo segundo, o sea la libertad jurídica y política asentada en bases constitucionales sólidas era *rara avis* en las antiguas Colonias, entradas de sopetón en una organización novísima que, a pesar de la Gran Revolución, no había hecho basa ni en la misma Francia.

Sentado sobre el puente del barco, que no era una carabela, pero que crugía como si lo fuera, el humanista soñaba bajo las velas grávidas de vientos altanos.

Iba formalmente contratado; pero de Chile, República en potencia, como todas las demás del Continente inorgánico de entonces, sólo sabía lo que había escuchado a Irizarri y su lengua de sinapismo y, luego, al ponderado y ecuánime Egaña, siendo que desde que O’Higgins se arrancó de un tirón la banda directorial, no se daba con el camino cuesta arriba de la organización inicial. En efecto, de 1823 a 1830, se fué de una cuartelada, de un empellón, de un tiroteo a otro.

Aquello era un infierno con mucho de “bochinche”, como dijo el Precursor la madrugada aquélla, y el Viejo Mundo, entonces más tentado que nunca a estirar las extremidades de los dedos hacia las Américas, observaba despectiva y orgullosamente la ensayología trágico-cómica que perduraba en nuestros países.

La República de Chile— así nos titulábamos aunque aún no lo fuésemos— no era una excepción en el penoso espectáculo de la anarquía general, al parecer sin cura ni corregidor.

Desterrado el Director Supremo, aparece en el poblacho lleno de torres, el General Freire, que en el sitio de Rancagua había cargado bota a bota con O’Higgins al cortar a sable el cerco puesto por Osorio, que era de los vencedores de Bailén.

Dimite Freire y se elije al Almirante Blanco Encalada, el cual, a su vez, no tardaría en irse porque había empezado un incesante entrar y salir de mandatarios, que no alcanzaban a calentar el asiento.

Pipiolos y pelucones no cesaban de lanzarse dictérios dignos de taparse las orejas, que, por lo demás, ya debían estar curadas de espantos. Ambos bandos se ponían de oro y azul y los segundos, inspirados por Portales, motejaban de pelafustanes a los primeros, partidarios de O'Higgins.

Los pelucones eran gente de capa, corbatón, frac con botones de oro y cadena con guardapelo; sentían un orgullo engolado por sus abolengos; tenían el señorío del suelo; conservaban el empaque de los antiguos oidores y no aguantaban ni en pinta a los pipiolos, teorizantes y pobretes, según sus engreídos antagonistas.

En 1829, año más calamitoso que de gracia, el señor Bello avistó la caleta de Valparaíso, después de tres meses de navegación, y sonaba la hora inquietante de saber por qué bando se decidiría el que llegaba a incorporarse a la vida chilena en momentos de constante batifondo: bastaría una palabra de más o menos para perder el largo viaje de un Mundo muy viejo a uno tan nuevo y alborotado.

Pues bien, el señor Bello tenía prudentísimamente resuelto no tomar ningún partido, y fué esta la más sabia de las resoluciones porque su misión era nacional y no política.

Había adoptado a firme este temperamento, cuando un día de mar picado y ya con la costa montuosa a la vista, le señalaron con el dedo a Valparaíso, cerrando el horizonte.... No se veían mas que cerros y casuchas....

El alma se le encogió bajo la capa, la misma de Londres, en que se envolvía, porque era invierno y corría el mes de Junio entre cerrazones y nieblas arrastradas.

Más que un puerto en el sentido europeo del término, eso era sólo una caleta de pescadores de corbinas plateadas y congrios colorados.

Menos mal que gobernaba el General Pinto, que fué lo mejor de aquel período, a pesar de que en las Cajas fiscales no había un real, y el General, a quien le complacía emplear una claridad bastante gráfica, ofició al Congreso, notificándole rotundamente que el Ejército se hallaba "en cueros" y esto en plena estación de un frígido invierno y llegando hasta hacer peligrar sus propios intereses, el General no trepidó en comprometer su crédito personal, que no debe haber sido mucho, porque más o menos, todo el mundo estaba a la cuarta con tanto trastorno.

En efecto, iba ya más de un quinquenio de revueltas y zangoloteos y no era fácil ni mucho menos "constituir un Gobierno fuerte por su estructura y liberal por sus principios", como decía Bolívar a O'Higgins.

Tal era en sus rasgos generales el momento inquietante en que el maestro arrivaba a Santiago del Nuevo Extremo, en birlocho saltón y por un camino de herradura muy semejante al de la vida, es decir, tan

mal pavimentado, que parecía que las ruedas del vehículo que conducía al ilustre viajero y su grey patriarcal, hubieran sido cuadradas...

Hacia su entrada cargado de bultos casi en los mismos días en que salía el General Pinto de la movida Casa de Gobierno; pero no sin que antes alcanzara a nombrar al caraqueño, Oficial Mayor, o sea Subsecretario, no de Relaciones Exteriores, donde ingresó posteriormente, sino del Ministerio de Hacienda, en que había más trámites y expedientes que dinero.

Después de Pinto apareció fugazmente en la linterna mágica de los mandatarios intermitentes, Don Ramón Vicuña, abuelo del brillante y fecundísimo Vicuña Mackenna.

Reeligen a Pinto, que vuelve a alejarse; retorna el señor Vicuña, lo sacan una vez más y, como era poco adicto a chistes y jaranas, monta en cólera, grita a voz en cuello que no renunciaría; no renuncia, sale con la banda tricolor debajo de la capa de abrigo y sigue a Coquimbo, provincia norteña y platera, donde lo recibió una trifulca y lo tonó un motín...

Seguía el rigodón, como se decía entonces, y designado Ruiz Tagle, hubo de abandonar el poder tan poco seguro, compelido por el peluconismo cada vez más diestro y poderoso, como que lo acaudillaba Don Diego Portales.—Triunfó en el Estero de Lircay el partido de éste, formado en gran parte por los dueños de la tierra, los cuales estaban convencidos de la necesidad de la Constitución que, sin saltar las vallas legales, impuso el orden hasta 1891, año en que la guerra civil levantó la bandera del parlamentarismo irrestricto y el Presidente Balmaceda la de la Constitución centralista, vigente desde 1833, casi hasta las pos-trimerías de la centuria décima nona.

Empezó con Portales, llamado el gran Ministro, el largo período del autoritarismo legal, que se prolongó desde 1830 a 1891 y durante los primeros treinta años de ese considerable espacio de tiempo, el señor Bello escribió una serie de obras que siguen viviendo al través del tiempo, hecho gloriosamente raro porque no perdura ningún libro en que no haya algo capaz de ser incorporado al espíritu, la organización o las normas fundamentales de un pueblo.

Poco después de su llegada en medio de las turbulencias y los ensayos desorbitados que comenzaron con la caída del autoritarismo liberal de O'Higgins, Chile empezó a organizarse ordenadamente. Al promediar el siglo pasado era ya una entidad nacional respetable por su seriedad y su devoción al orden, y como el suelo mismo impone la saludable ley del trabajo, oradaba sus minas y tiraba la hoz en los valles que pintan sus colores cromáticos en los flancos cordilleranos.

Había logrado consolidarse una Carta o Estatuto Fundamental que no era la simple trasposición de lo viejo-mundesco; pero faltaba algo que fuera la orientación cultural del presente y la visión del futuro: faltaba el *Alma Mater*, creada en 1842 y que el 19 de este mismo mes

de Noviembre de 1942, acaba de cumplir el primer siglo de su fecunda existencia.

El país, tan angosto, que, como he dicho en otras ocasiones, es una especie de tejado sobre el mar, se había puesto a crecer; habían terminado las cuarteladas y las revueltas y el humanista caraqueño trabajaba sin fin y sin zozobras en un gabinete con olor a libros, a tinta, al café que le enviaban los suyos de su misma Caracas y que le servían en una taza de porcelana verde con filetes *vermeil*.

Era admirado y respetado por todos y a poco de llegar a Chile, Portales, el de la vida breve y trágica, lo trataba familiarmente; en los veranos lo llevaba en su birlocho a temperar en Valparaíso, llamado entonces "el puerto", y cada 30 de Noviembre, día de San Andrés, le obsequiaba magníficos habanos a que el sabio era tan dado, que más exacto habría sido retratarlo a pincel o en *daguerrotipo*, con un libro en una mano y en la otra el cigarro o la taza de café mohedano:

"Ahí van esos tabacos con el encargo de manifestarle mis recuerdos y que la comadre y familia se hallen sin novedad",— le escribía el gran Ministro, es decir el hombre que durante seis años se valió de la fuerza para cimentar el Derecho, pero que "subordinó todos sus actos al progreso de Chile".

Pero como en ninguna latitud del planeta faltan los dolores de cabeza,—herencia hepática de su señora madre,—Don José Joaquín de Mora, con su tez cetrina y sus ojos embutidos bajo las cejas de matorral, apuntó sus dicterios habituales contra el sabio apacible y paternal, que nunca reaccionó hacia la réplica virulenta.—En vez de castigar, daba una lección didáctica.

Mora había llegado al país un año antes que el señor Bello, escapando de los procedimientos de suspensión por medio de un nudo corredizo, empleados a la sazón por el "Bien Amado"; era ampliamente culto y fundó un liceo y un periodiquín, chiquito y ponzoñoso, y en sus ratos de ocio redactó una Constitución de encargo, que tuvo la existencia de las rosas: corta vida, corta cuenta. . . .

La diatriba era en Don José Joaquín de Mora un flujo tóxico de su contextura neuro-biliosa, y frunciendo el ceño más que de costumbre, acusó de retrógrado a Bello, a quien cubrió con los dicterios enconados de su despecho ante el éxito ajeno.

A Mora se sumó estruendosamente Sarmiento, que había puesto la cordillera de los Andes de por medio, escapando del facón escarlata de Don Juan Manuel de Rosas y su escarapela con la leyenda terrorífica tan conocida. "Mueran los inmundos, salvajes unitarios"!

El maestro tardó algo en replicar y hubo esperanzados con que esta vez montara en cólera, haciendo sonar el látigo.

No hubo nada de eso; en vez de zurrar airadamente, replicó como si estuviera con el libro en la mano y el tintero de plata sobre la mesa con patas de león.

Sarmiento—la mitad de un genio, lo llama Paul Groussac, aludiendo al “*Facundo*”, la mejor de sus obras, con perdón de sus “*Recuerdos de Provincia*”,— maltrataba el castellano, echándole frecuentemente encima su mula mendocina; pero tenía un talentazo enorme y largaba cada artículo que estremecía al poblachón de las procesiones con santos de bulto y de imaginaria, la más tradicional de las cuales era la del Señor de Mayo:

—Tiene una mirada de Juicio Final; lo sacaban y siguen sacándolo en los aniversarios del mas recio de los sacudones acaecidos durante la Colonia y pasaba, entre letanias y misereres, llevando en el cuello flagelado la corona de espinas de algarrobo, que el terremoto le corrió hasta la garganta y que desde entonces no ha habido ningún osado que se atreva a tocarla porque la ciudad se vendría de nuevo al suelo....

Sarmiento aseguró bajo la fé de su palabra encendida, que, como el Señor de Mayo, el caraqueño era la supervivencia auténtica de la Colonia... Lo llamó retrógrado.

El Maestro no se impacientó ante la pintoresca hipérbole del sanjuanino ilustre y sarcástico: como queda dicho, no se producía en el señor Bello la alta tensión de los arrebatos ni la sangre saltaba del corazón al cerebro, produciendo apóstrofes, dictiones, metáforas y crispamientos escenográficos.—Era mas bien flemático y en vez de inflamarse y hacer explosión retórica, filosofaba, estoica y cristianamente, mostrando en todas las circunstancias un inalterable dominio de sí mismo. Reservaba su energía para otras finalidades y no se descubrían en él, porque no existían, los “complejos reprimidos” de que habla Jung. Era la voluntad aplicada al trabajo continuo y sistemático, lo que acendró la calidad y aumentó el volumen de la obra, cuyo conjunto es tan admirablemente armonioso, que se comprende sin esfuerzo que el que redactó el *Derecho de Gentes* y la *Gramática*, es el mismo humanista del *Código Civil* y del conjunto de la labor cíclica realizada en la treintena comprendida entre 1830 y 1860.

Entintó lentamente la pluma con que reaparecería en la estatua tutelar de la Universidad de Santiago y replicó a Sarmiento como había replicado siempre: con ética y sabiduría de maestro, exteriorizada en su lenguaje sereno y paternal.

Y se comprende bien esa serenidad, porque ¿cómo podía ser un “retrógrado” el autor del Código que fué la abrogación de la Colonia; del *Derecho de Gentes*, que era la incorporación jurídica a la vida universal y de la *Gramática*, que desechó el inútil empeño de ajustar inflexiblemente el castellano de la América española a las normas, ya inertes, de la lengua latina?

En aquellos días, ya centenarios, se escuchó en el norte del territorio chileno un sonido como de campanas... Era la plata brotando en panales de las vetas o arterias del mineral de Chañarillo, cuyo descubrimiento encantador empezó con un cuento de hadas o de niños: dor-

mía en el faldeo de un cerro norteño, Juan Godoy, palurdo con pelo de quisca, cuando le dió en la cabeza algo desprendido del reventón de una mina que llegaba a competir con el cerro de Pctosí, que un día lejano fué el sitio cenital de Bolívar en plena apoteosis.

Como resultado de la riqueza de chiripa y además fabulosa que había cortado de improviso el sueño del pobre burrero, que en lo menos que pensaba era en la riqueza, se improvisaron fortunas de magia; se empinaron en Santiago los primeros palacios de la pretenciosa arquitectura dieciochesca, entonces de moda; aparecieron diademas y sedas de Lyón; se detuvieron los primeros *landoes* con lacayos de escarapela a la puerta de algunas mansiones señoriales y descendían las damas de crinolina, con caravanas y arracadas de perlas y la respectiva cruz de diamantes velando discretamente el escote: iban a bailar los primeros valeses, las primeras mazurcas, las primeras cuadrillas importadas por los que volvían de París, en pleno torbellino mundado del segundo Imperio.

Viniendo de su casona cercana, llegaban a hacer acto de presencia en los saraos del gran mundo, Don Andrés, su compañera, la señora Dunn y su hija Isabel, y poco después de media noche la respetable familia Bello retornaba en su caleza propia a la casa de la calle de la Catedral, en que el reloj de cuerda de Santa Ana, suplantando a los serenos de otra época, daba puntualmente las horas.

Era bien diversa la situación interna de otros países, donde apuntaba y acuchillaba la manada siniestra de la América Bárbara.

Chile, en cambio, había tenido la suerte extraordinaria de encontrar en el señor Bello al artífice esencial de su organización y éste halló, a su vez, el régimen y el ambiente adecuados para desarrollar una labor que requería primordialmente quietud de gabinete, silencio de biblioteca y calma de hogar y de casona en que marcaba las horas la torre barroca de la parroquia cercana.

El país se llenaba de sabios, de artistas y de literatos, la mayoría de los cuales, como en el caso de Sarmiento, venían escapando del fraílón Aldao, que en nombre de Don Juan Manuel de Rosas y su mazorca, gobernaba la extensa provincia transandina de Cuyo.

Afortunadamente, el ilustre caraqueño había dado con un ambiente propicio a su labor y el trabajo incesante continuaba constituyendo la única directriz del noble espíritu que nunca exteriorizó sus dolores o sus pesadumbres anímicas por medio de actitudes a lo Hamlet y la calavera de Yorik; a lo Segismundo, desnudo y clamoroso, o a lo Byron y su *Childe Harold* y sus *Lamentaciones*.

IV.—LO QUE SIGUE Y SEGUIRA VIVIENDO.

Llega el momento de preguntar, exactamente después de un siglo, qué es de la obra del maestro lo que perdura y resiste la mella del tiempo, que cuando destruye o sepulta algo, es para siempre.

Hagamos breve memoria de lo esencial de esa obra, que no fué sólo para Chile, sino para toda la América de fundación española.

En 1832, Bello publica el *Derecho de Gentes*, tres años después de estar sentado ante su mesa de Oficial Mayor de nuestra Cancillería. A corta data, llega a ser una especie de papá del arbitraje y le someten sus graves diferendos los Estados Unidos, Colombia, Perú, Ecuador, Bolivia.

Su *Derecho de Gentes* fué un suceso resonante y como ya existían amigos entusiastas de lo ajeno, ese texto admirable fué plagiado tan sin miramientos por un señor Pando, que el sabio de inalterable serenidad helénica, se molestó vivamente con el que olvidaba sin escrúpulo alguno el *derecho* de propiedad a fin de apoderarse del *Derecho de Gentes*....

Pero en vez de marcar y castigar al delincuente intelectual, el señor Bello se limitó a señalar netamente el despojo de que había sido víctima quien no tenía sino su pluma y sus libros.

Su bondad habitual olvidó luego la fechoría; prosiguió trabajando como el único medio ético de consolarse e indemnizarse hasta de los atracos, y luego publicó sus oportunísimas "*Advertencias sobre el uso de la Lengua Castellana*", que, dicho sea de paso, se usaba en las Américas en una forma que Don Miguel Luis Amunátegui no trepidaba en calificar de "espantosa". En efecto, se oía decir frecuentemente, *copeo* por copio, *vaceo* por vacío, *roceo* por rocío, *haiga* por haya, *trer* por traer, *mirá* por mira, *andá* por anda, *óido* por oído, *pader* por pared, *auto* por acto.... Pero esto no es todo, ya que no faltaba quien realizara el prodigio de convertir el *que* en verbo, al decir, por ejemplo, aseguren ese niño que se *que*...

La "*Gramática de la Lengua Castellana destinada al uso de los americanos*", publicada en los primeros meses de 1847, respetaba la estructura de la lengua, sosteniendo, eso sí, "el derecho de los americanos a influir en la evolución del idioma".

La Academia, lejos de afarolarse con las atrevidas innovaciones gramaticales del que había sido acusado de "retrógrado" por Sarmiento y Mora, lo designó académico honorario y la comunicación respectiva, firmada por Martínez de la Rosa y por Nicasio Gallego, el de la Oda con redobles de tambor al "2 de Mayo de 1808", hablaba reverentemente del "insigne literato".

Algún tiempo después, el nombre del señor Bello era grabado en el pórtico de la Academia en que hace de dueño de casa un retrato, malo pero auténtico, del Ingenioso Hidalgo, y muchos años después, en 1928, el representante de Chile en España, preguntó una y otra vez a los ediles madrileños de entonces, si no era justo que en la ciudad cruzada por el meridiano de la raza, existiera una glorieta o una calle bautizada y ennoblecida con el nombre del salvador del idioma en la América española.— Esta insinuación contó con todo el concurso del Duque de Alba, Presidente de la Unión Americana; contó así mismo, con la colaboración del Se-

cretario de ésta, el actual Plenipotenciario de España en Caracas, y el catorce de Noviembre de 1927 el gentilísimo Conde de Mirasol, Alcalde Mayor de Madrid, decía al Representante chileno, “que el Honorable Concejo había acordado en sesión de la fecha, dar el nombre de Bello a una calle de la Villa y Corte y que celebraba mucho comunicar esta noticia al Embajador de Chile, dado su interés en este asunto.”

No se limitó a la *Gramática* y al *Derecho de Gentes* la obra del humanista insigne.

Supervivía la Colonia en una serie de prácticas anacrónicas y Francisco Bilbao, noble precursor social, fué condenado en 1844, según la Ley XIV, Título XXIV, Libro I de Indias, y sus escritos visionarios, juzgados como heréticos, fueron mandados quemar por mano de verdugo.

Urgía, pues, la promulgación de un estatuto civil concordante con el nuevo orden de cosas, establecido por la Emancipación.

Don Manuel Montt, que había pasado de Inspector del Instituto Nacional a Ministro de Instrucción Pública de la Administración Bulnes, encomendó al señor Bello la redacción del Código en que trabajó durante muchos años y que sería la proscripción definitiva de las prácticas de otra época.

En el terreno legal, ese Código era la gran batalla que aun faltaba contra el Régimen abolido.

“Lo que vivirá más que todas mis victorias—dijo Napoleón—es mi Código.”

La América y Chile necesitaban codificar la Revolución emancipadora, estableciendo la significación y el límite del derecho de cada cual, y el proyecto de Código Civil, influenciado por el de Napoleón, pero adaptado al ambiente del nuevo país, era eso.

El Congreso lo aprobó unánimemente, salvo algunas modificaciones de detalle, y una Ley especial exteriorizó en forma práctica el agradecimiento irrestricto de toda la República para con el señor Bello.

Promulgado el nuevo Código, sin pérdida de tiempo, el maestro puso toda su preparación y toda su actividad infatigable en solucionar la apremiante necesidad de crear la Universidad del Estado, que significarla, no sólo la capacitación para las tareas de Gobierno, sino la alta tuición cultural y espiritual de la Nación.

Nombrado primer Rector, y lo fué hasta el día de su muerte, llegó la inauguración, pródiga de sentido y de auspicios sobre el desarrollo chileno.

Presidió la solemne ceremonia oficial el Presidente, General Bulnes, quien tenía a su derecha a Don Manuel Montt, Ministro de Instrucción Pública, el cual ocultaba apenas la emoción que pugnaba por asomarse a su cara sin sonrisas, como de bronce.—También era ese día el más auspiciado de su vida de trabajo y de austeridad plutarquina.

Declaro inaugurada la Universidad de Chile, dijo con voz emocionada y lenta el Presidente de la República, que usaba en esa ocasión el mismo uniforme del magnífico retrato, pintado por Monvoison, que

heredó su hijo, el autor de "*Las Últimas Campañas del Libertador*", y que conserva uno de los nietos, Alfonso Bulnes, escritor exquisito.

A su turno se puso de pié el señor Bello y estalló una ovación sin fin, que no lo dejaba empezar su célebre discurso.

Se inclinaba agradeciendo los aplausos convertidos en apoteosis consagratoria y la voz emocionada del maestro fué en esa ocasión el verbo conmovedor del *Alma Mater*.

Su discurso, cuya reimpresión será distribuida el lunes próximo en esta misma Aula Magna, como un homenaje a mi país que no sabría como agradecer, pero que, en cambio, no se borrará en ningún momento de mi memoria, abarcó penetrantemente las necesidades del desarrollo cultural chileno, señalando amplias y luminosas trayectorias hacia el futuro.

El maestro fué mucho más allá de lo meramente académico en su discurso y al bosquejar en sus planos constructivos esenciales la organización de las Facultades docentes, llamadas a orientar las diversas actividades científicas, técnicas y artísticas, se elevó a la categoría de pensador y de gran estadista.

Terminada su oración en medio de aclamaciones que eran la ratificación del respeto y del afecto de todo el país, hizo una salva de honor el viejo cañón, emplazado hasta hoy, entre las rocas del cerro de la fundación; quedaron abiertas de par en par las puertas de la Universidad, que acaba de cumplir su primera centuria y empezaron a funcionar las Escuelas de Leyes, de Medicina, de Ingeniería, de Bellas Artes, por las cuales han pasado y siguen pasando alumnos de casi todos nuestros países, lo que es una manera espiritual, como dijo no hace mucho en Caracas nuestro Decano de Bellas Artes, de abonar nuestra deuda con el que fué, en realidad, el asesor de la organización cultural de mi país.

Poco después de fundada la Universidad, la Escuela Agrícola, ubicada en los alrededores de Santiago, ponía con sus espigas y sus racimos, una viñeta colorista a la Capital de la República; en la Academia de Arquitectura se dibujaban los primeros planos de la nueva edificación; en la de pintura aparecían luminosamente en la tela los colores y los tipos del paisaje vernáculo, y Plaza, el estatuario, se preparaba para modelar con greda de nuestros ríos el Caupolicán, en que simbolizó el vigor de los toquíes de la epopeya ercillesca.

He ahí, pues, la obra del caraqueño insigne que desde el mármol de su estatua sigue presidiendo la Universidad de su fundación centenaria.

V.—"VE A REZAR, HIJA MIA....."

Iba cerrándose el círculo de la más armoniosa de las existencias y hasta la figura patriarcal del maestro llegaba una luz como la de los crepúsculos caraqueños.

Era ya más que un ochentón y había que conducirlo hasta su mesa llena de libros y manuscritos, en la silla de ruedas, empujada por la hija predilecta, a la que pedía que rezara también:

“por el que en vil libelo
destroza una fama pura,
y en la aleve mordedura
escupe asquerosa hiel.”

Aludía, evidentemente, al malvado que inventó aquella arteria de la delación, desmentida por cada uno de los actos de una vida, pública y privadamente ejemplar, así en los días de la próspera como de la adversa fortuna.

Llegaban asiduamente hasta el octogenario, clavado en su silla y emparedado de libros, sus discípulos y sus amigos más fieles: Lastarria, pensador avanzado y escritor eminente; Barros Arana, que ya planeaba su Historia monumental; Amunátegui, con el cual empezó en mi país la investigación documental; Vicuña Mackenna, que coloreaba con el vivo luminismo de su imaginación la historia, la vida, el suelo de todo lo vernáculo.

También llegaba donde el patriarca, ya recluso para siempre por sus años y sus achaques, el “Excmo. Patrono de la Universidad”, como había llamado al Presidente Bulnes en el discurso inaugural.

Concurrían puntualmente, así mismo, Montt, ya en ejercicio de la primera Magistratura, y Varas, el Ministro de la Administración creadora del decenio constitucional de 1851 a 1861.

El maestro tendía las manos a sus fieles amigos, cuyas estatuas han venido agrupándose en los jardines de la Biblioteca, como para proseguir los diálogos interrumpidos por la muerte: Barros Arana, Amunátegui, Vicuña Mackenna, Errázuriz, el gran fraile Arzobispo.

Ocaso de maestro y de varón justo.

Pero a todo esto, el personaje que unos llaman escuetamente la muerte y que otros designan con una especie de seudónimo destinado vanamente a atenuar su horror, rondaba ya la casona vecina de la iglesia a que llevaban a Don Andrés en su silla de ruedas, para que oyera la misa dominical, que debía evocarle las oídas en Altagracia, mientras Maese Bartolomé Bello tocaba el *Stabat Mater*...

Por las ventanas de la casa de la calle de la Catedral llegaba a diario el toque de vísperas con música de Oración por Todos; pero la Intrusa, es decir Su Magestad la muerte, se había infiltrado en la casona, lo que no era óbice para que el maestro siguiera trabajando y teniendo el Poema del Cid al alcance de sus manos excavadas por los años.

Consintió, por fin, en que lo metieran en el lecho, en cuyas colgaduras de damasco empezó a ver que centelleaban los versos virgilianos...

Se iba, se adormecía plácidamente y al dejar de balbucear el nombre de los clásicos griegos y romanos, el maestro se quedó con los labios

y los ojos entreabiertos, como si perdonara de nuevo o sonriera por última vez.

Su cabeza escultórica se hizo tan blanca, que realmente parecía de mármol.

Empezaron a tocar a muerto todas las campanas de la ciudad—, entonces un poblacho espaciado de torres y lleno de mojinetes y rejas de cobre pintado de verde y con un gajo de palma bendita para atajar a Satanás.

Chile—“esta patria adoptiva, como él decía, que me ha dispensado una hospitalidad tan benévola”—, estaba de duelo; hubo muchas lágrimas, inclusive de los muchachos que llevaban lazo el brazo la “*Gramática de Bello*”; sobre el féretro del “maestro inmortal”, formaban un montículo todas las rosas de la intensa primavera de nuestro valle central y viejos y jóvenes, discípulos y profesores, Lastarria, Barros Arana, Amunátegui, Vicuña Mackenna, siguieron contristados tras del maestro, que no había muerto espiritualmente y que vivirá centuria tras centuria en la belleza de su ejemplo, en la lección de sus disciplinas y en la docencia imprescriptible de sus obras.

BIBLIOTECA NACIONAL - CARACAS

Reg. BA-13149

Clas.

